

El ruiseñor y la rosa (Oscar Wilde)

David Marín Rojas

Dijo que bailarían conmigo si le llevaba rosas rojas –se lamentó el joven estudiante–, pero en mi jardín no hay una sola rosa.

Desde su nido, en la encina, el ruiseñor le oyó, y le observó entre las hojas con desconcierto.

¡Ni una sola rosa roja en mi jardín! –sollozó–, y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas. ¡Ah, de qué pequeñas cosas depende la felicidad! He leído todo lo que los sabios han escrito; todos los secretos de la Filosofía son ahora míos y, sin embargo... Mi vida se vuelve miseria por el anhelo de una rosa roja.

Al fin, aquí, un verdadero amante –dijo el ruiseñor–. Noche tras noche he cantado sobre él, aún sin conocerle: noche a noche le he contado su historia a las estrellas, y ahora le veo. Su pelo es oscuro como la flor del jacinto y sus labios son rojos como la rosa que tanto ansía... Pero la pasión ha tornado su cara en pálido marfil y el penar ha sellado su frente.

El Príncipe celebra un baile en la noche de mañana –farfulló el joven estudiante–

como los pies de la mañana y plateada como las alas del alba; como la sombra de una rosa en un espejo de plata, como la sombra de la rosa en una charca... Así era la rosa que floreció en la rama más alta del rosal.

Y el rosal gritó al ruiseñor que se acercara más a las espinas. *Acércate más, pequeño ruiseñor –dijo el rosal–, o el día llegará antes de que la rosa esté acabada.*

Entonces, el ruiseñor se acercó más a las espinas; éstas, tocaron su corazón y le recorrió una terrible punzada de dolor. Cuanto más aumentaba el dolor, más enfervorizada crecía su canción, porque cantaba sobre el Amor que es perfeccionado por la Muerte, sobre el Amor que no muere en la tumba.

Y la rosa maravillosa se tornó en carmesí, como la rosa del Este. Carmesí era el color de sus pétalos y carmesí como un rubí era su corazón.

Pero la voz del ruiseñor se volvió tenue, y sus pequeñas alas empezaron a batir y una nube cubrió sus ojos. Estando más débil, más crecía su canción... Y sintió que algo se le atragantaba en la garganta.

Entonces, en un esfuerzo supremo, cantó sus últimas notas. La blanca Luna le oyó y, olvidándose del alba, se detuvo en el cielo. La rosa roja le oyó, vibrando por entero con éxtasis, y abrió sus pétalos al frío aire de la mañana. El eco le condujo hacia su caverna purpúrea de las colinas, despertando de sus sueños

a los pastores dormidos. El canto flotó entre los juncos del río y, ellos, llevaron su mensaje al mar.

¡Mira, mira! –gritó el rosal– *La rosa ya está terminada.* Pero el ruiseñor no respondió: yacía muerto sobre la hierba, con una espina atravesada en su corazón.

A medio día, el estudiante abrió su ventana y miró hacia fuera.

¡Qué golpe de suerte! –exclamó el estudiante–... *¡Hay una rosa roja aquí! Nunca he visto una rosa como esta en toda mi vida. Es tan hermosa que estoy seguro de que tiene un nombre complicado en latín* y, agachándose, la cogió.

Entonces se puso el sombrero y corrió a casa del Profesor con la rosa en la mano.

La hija del Profesor estaba sentada en la puerta, devanando seda azul en un carrete y su perrito echado a sus pies.

Dijiste que bailarías conmigo si te traía una rosa roja –dijo el estudiante–. *Aquí tienes la rosa más roja de todo el mundo. Esta noche la llevarás cerca de tu corazón y, cuando bailemos juntos, ella te dirá cuanto te quiero.*

Pero la joven frunció el ceño en señal de desaprobación.

Me temo que no conjunta con mi vestido –respondió– y, además, el sobrino del camarlengo me ha enviado algunas joyas auténticas y ... Todo el mundo sabe que las joyas cuestan mucho más que las flores.

¡Eres realmente desagradecida, palabra de honor! –gritó el estudiante con enfado– y tiró la rosa a la calle, que cayó en un badén y fue aplastada por la rueda de un carro.

¡Ingrato! –dijo la joven– te diré algo, eres tremendamente maleducado. Y, después de todo, ¿quién eres tú? Tan sólo un estudiante. Porque... No creo que tengas nunca hebillas de plata en los zapatos, como sí las tiene el sobrino del camarlengo. Se levantó de la silla y entró su casa.

Qué estupidez es el Amor –profirió el estudiante mientras regresaba a casa–. No es ni la mitad de útil que la Lógica porque no puede probar nada; habla siempre sobre cosas que no van a suceder, haciéndonos creer cosas que realmente no son ciertas. De hecho, no es nada práctico y, como en nuestra época todo se basa en ser algo práctico, voy a volver a la Filosofía y al estudio de la Metafísica.

Y se volvió a su habitación, abrió un gran libro cubierto de polvo y empezó a leer.